

MI CIUDAD PERDIDA

La idea de escribir un libro sobre Nueva York comenzó a rondarme la cabeza hacia 1980, cuando mi condición de escritor se debía a ilusiones antes que a hechos, me pasaba las noches en garitos y en bares y los días trabajando de manera eventual en la sala de correos de la *New York Review of Books*. Fue allí donde cayó en mis manos *Delirio de Nueva York*, de Rem Koolhaas. «Nueva York es una ciudad que será reemplazada por otra ciudad» es la frase que se me quedó grabada. El libro de Koolhaas, publicado en 1978 como un canto al proyecto inacabado de *New York the Wonder City*, parecía un ensueño arqueológico, una evocación de la arrogancia y la ambición de una ciudad muerta. Observé asombrado las ilustraciones, que presentaban vistas tan deslumbrantes y remotas como Nínive y Tiro. Lo impactante era que muchos de los lugares, aunque ya no transmitían la misma sensación de cuando eran nuevos, se encontraban tan solo a pocos pasos de distancia: el edificio Chrysler, el edificio McGraw Hill, el Rockefeller Center. En las páginas de Koolhaas, la ciudad de Nueva York se presenta manifiestamente como el escenario de las fantasías utópicas y distópicas de la era del cine mudo. Era *Metrópolis*, con calles elevadas, reflectores gigantes explorando el cielo, máquinas voladoras navegando entre los cañones que forman los rascacielos, permanentemente ambientada en el futuro.

El Nueva York que yo vivía, por otra parte, experimentaba una rápida regresión. Aquello era una ruina en ciernes, y mis amigos y yo estábamos acampados en mitad de sus fragmentos y sus túmulos. Eso no me angustiaba, más bien lo contrario. La decadencia me cautivaba y ansiaba más: magnolios creciendo entre las grietas del asfalto, estanques y arroyos formándose en manzanas elevadas y abriéndose camino lentamente hacia la costa, animales salvajes regresando tras siglos de exilio. Un panorama así no parecía tan descabellado entonces. Ya a mediados de los setenta, cuando era estudiante en Columbia, mis ventanas daban a la plaza de la Escuela de Asuntos Internacionales, donde en las noches de invierno tropas de perros callejeros se reunían para dormir sobre las rejillas de la calefacción. Desde entonces, la ciudad había decaído más aún. En Canal Street se alzaba un edificio de cinco plantas vacío de inquilinos, tomado de arriba abajo por palomas. Si caminabas al este por Houston Street desde Bowery una noche de verano, el salvaje crecimiento de manzanas vacías servía como anticipo del inminente desembarco de lo salvaje, momento en el que las lianas rodearían los rascacielos y los hongos cubrirían Times Square.

En aquella época, gran parte de Manhattan se veía despoblada incluso a la luz del

día. Al margen de los refulgentes edificios del Midtown y del distrito financiero, el lugar parecía habitado principalmente por muertos de hambre y ociosos; vendedores de porros y sacacuartos adolescentes, mendigos y borrachos de plaza fija, personas a las que sus hoteles mugrientos ponían de patitas en la calle a las ocho y solo permitían su reentrada a las seis. Muchos negocios parecían seguir abiertos con el único propósito de dar cobijo a sus dueños contra los elementos. ¿Con cuánta frecuencia algún dólar podía cruzar el mostrador de esos negocios con rótulos de plástico, o los escaparates en los que se exhibían prótesis de extremidades, o el lugar que supuestamente comerciaba con mobiliario de oficina pero que mostraba a través de sus ventanas una máquina de escribir china y un becerro disecado con dos cabezas? Fuera, bajo un toldo durante las tardes calurosas, veías una mesa de juego con la textura de una maleta vieja con cuatro esquinas de metal y, alrededor, cuatro tipos en una partida de dominó. Otras veces, colocaban sobre una caja de plástico una pequeña televisión enchufada a la base de una farola para ver el béisbol. En cada esquina, había un escaparate que anunciaba «Óptimo» o «Te-Amo» o «Romeo y Julieta» donde, además de puros, vendían objetos obscenos, bebidas gaseosas, gomas, golosinas, fundas de plástico y, a veces, material de policía. También estaban Donuts Muffins Snack Bar y Chinas Comidas y Hand Laundry y Cold Beer Grocery y Barber College, todos viejos amigos. Aquellos lugares no eran exactamente establecimientos comerciales sino más bien como habitaciones de tu propia casa. Se limitaban a anunciar únicamente el servicio que ofrecían; sus nombres, como los de las deidades, permanecían en secreto y solo se descubrían al leer la licencia enganchada en algún lugar detrás de la caja registradora. En la tienda de alimentación podías comprar plátanos macho, café, malta, manteca, un cigarrillo (suelto), un folio de papel, un sobre y un sello.

Me dejé llevar desde el Upper West Side hasta el Lower East Side en 1978. La mayoría de mis amigos hicieron la transición más o menos por la misma época. Podías alquilar un apartamento entero para ti por menos de 150 dólares al mes. Además, todo se cocía allí. Se cocía, al menos, en dos o tres bares lúgubres que hacían las veces de clubes nocturnos, en una librería, en una o dos tiendas de discos y en un montón de apartamentos e imaginaciones particulares. Todos nos encontrábamos en esa fase de la juventud en la que tu estrella puede que no brille todavía pero tu momento es el único que existe. Cometimos la temeridad de reírnos de los *hippies*, vergonzosamente anclados media década atrás. En nuestra arrogancia, apenas éramos conscientes del pasado tan profundo que nos rodeaba. No nos preguntamos por qué el nombre grabado sobre la puerta de la biblioteca pública de Second Avenue estaba en alemán, ni por qué se podían ver bustos de compositores del

siglo diecinueve en el dintel de un segundo piso en Fourth Street. Nuestro barrio estaba tan abarrotado de ruinas que no nos cuestionamos la existencia de las enormes moles en que se habían convertido los teatros cerrados, ni nos preguntamos sobre la época en la que habían sido nuevos. Nuestros apartamentos estaban amueblados exclusivamente con objetos encontrados en la basura, pero no nos llamaba demasiado la atención que en la mayoría de nuestras salas de estar hubiera mesas de antiguas máquinas de coser con la base de hierro fundido.

Cuando personas mayores morían sin testamento o sin herederos, los caseros colocaban las pertenencias de los difuntos en la acera, porque resultaba más barato que alquilar una furgoneta de transporte. Rebuscábamos entre las cajas y cogíamos lo que queríamos, encontrábamos fotografías, libros y curiosidades, pruebas de vidas y pasiones vividas en la confusión de 1910 y 1920, de la guerra de la frontera mexicana, de la revista *Mother Earth* de Emma Goldman, del vodevil, de sindicatos y del comercio naval; todo esto nos distraía brevemente, pero nos interesaban mucho más las cajas del próximo porche que contenían colecciones de discos considerablemente más recientes. Un día algo cayó del interior de un libro viejo, la tarjeta de un salón de belleza que había estado en Avenue C, cerca de Third Street, probablemente durante los años veinte. Me quedé maravillado, incapaz de imaginar algo tan sobrio como un salón de belleza en aquella esquina, ahora convertida en un zoco de la heroína.

El vecindario estaba desolado, tremendamente deshabitado, hasta el punto de que los caseros te ofrecerían un mes de alquiler gratis con tal de que firmaras un contrato; muchos edificios no alcanzaban media ocupación, aunque esto no quiere decir que fuese un lugar tranquilo. Puede que mostráramos una actitud un tanto engreída en cuanto a que nos atracaran en plena calle puesto que ninguno de nosotros tenía dinero, y se notaba, y los yonquis, a diferencia de lo que ocurriría una década más tarde con los adictos al crack, generalmente no te apuñalaban por calderilla. Sin embargo, si no tenías los medios para colocar rejas en las ventanas, entrarían en tu casa constantemente y, ¿qué sería de ti sin tu equipo de música? En las manzanas al este de Avenue A, la situación era mucho peor. En 1978, me acostumbré a ver enormes incendios en aquella dirección cada noche, normalmente provocados por pirómanos contratados por caseros de edificios vacíos a quienes les parecía una solución sencilla al dilema entre pagar impuestos de propiedad o cobrar el seguro. En 1980, Avenue C era un paisaje lunar de manzanas vacías y cáscaras de edificios huecas. Allí, el comercio (pongamos de comida y ropa, por ejemplo) se llevaba a cabo en maleteros de coches, pero la industria más próspera era la del caballo, era la única

que utilizaba los elementos menos viables del stock de edificios. Las escaleras carbonizadas, los suelos con agujeros, la falta de iluminación, las entradas situadas en boquetes en los muros de la planta baja, todo servía a los imperativos psicológicos del mercado de la heroína.

Los traficantes sabían que los yonquis blancos de clase media crecían entre la miseria, que era un elemento de su masoquismo, y que su masoquismo, mezclado con la culpa burguesa, era lo que los había llevado hasta aquel barrio. Los traficantes probaban esta tesis a diario, al menos, ante ellos mismos, obligando a sus clientes a que permaneciesen durante una hora bajo una lluvia torrencial antes de permitir su acceso, por ejemplo, y después haciéndolos subir cinco pisos con esperas intermedias en cada rellano. Más tarde, por algún capricho aleatorio, podían negarse a venderles cuando por fin llegaban ante la puerta con la ranura. Por supuesto, un yonqui se vuelve masoquista en virtud de su hábito, y cualquiera de ellos habría hecho cosas mucho peores para conseguir su dosis, pero los traficantes tenían razón hasta cierto punto. Algunos sí que llegaron al barrio para deleitarse en su miseria y la dependencia formaba parte del paquete, como lo sería surfear de haberse mudado a Hawai. Habían leído los libros y visto a las estrellas del pop, aceptaban la parte romántica de la situación. Convertirse en yonqui podía pasarle a cualquiera por un conjunto de complejas razones entre las que se incluían la disponibilidad, el aburrimiento, la ansiedad, la depresión o el desprecio por uno mismo, pero muchos eran visitantes ocasionales del jaco y, si desaparecían a causa de él, sería por el inevitable efecto de una ley natural, como la gravedad. Habrían sido seleccionados.

Para aquellos que llevábamos un tiempo en la ciudad, la pobreza no era un problema. La mayoría de la ciudad era miserable. Si eso te molestaba, te marchabas, y, si te atrapaba la parte romántica, un largo régimen de pobreza diaria acabaría por teñir tus ilusiones de gris. Debido a esta situación, en ocasiones me sorprende, de forma retrospectiva, por todo lo que entonces daba por sentado. Presenciar enormes incendios a unas manzanas de distancia cada noche durante un par de años debería conducir a un estado mental permanentemente trastornado, pero para nosotros acabó siendo como observar el tiempo que hacía. Pasé el verano de 1975 en un ático de 107th Street donde, por las noches, las ventanas se iluminaban con el resplandor de los incendios a lo largo de Amsterdam Avenue. Había una huelga de los servicios de recogida de basuras, y montañas de desperdicios, apestando por el calor, decoraban los bordillos de cada vecindario, y no se salvaban ni aquellas casas flanqueadas por porteros. Aquí, sin embargo, en vez de envolver las basuras en una doble bolsa de plástico, se las prendía fuego cada noche. El espectáculo

completó la transición de apocalíptico a aburridamente normal en cuestión de días.

Dos veranos más tarde, vivía con dos compañeros de piso en un edificio alto, en Broadway con 101st Street. Tenía tanto portero como ascensorista, la mayoría del resto de inquilinos eran ancianos judíos europeos y el alquiler por el piso de cinco grandes habitaciones era de 400 dólares al mes. Comento estos datos porque los demás edificios que bordeaban Broadway en esa zona eran principalmente hoteles de habitaciones individuales, ocupadas por gente sin suerte, los desprovistos de todo, los inútiles para el trabajo, los dipsómanos, los yonquis, los enfermos mentales que habían sido liberados, exactamente esa parte de la población a la que, en la década siguiente, echarían a la calle y les dejarían continuar con su existencia en refugios, en entradas de edificios, en desagües o en celdas. Lo que esa gente tenía en común era que nunca podría mezclarse con la sociedad *mainstream*; por lo demás, no había ninguna otra manera de estereotiparlos. Por ejemplo, un entretenimiento diario bastante inquietante en los meses más cálidos lo proporcionaba un grupo de travestis de mediana edad que se apoyaban en coches aparcados con sus minivestidos y sus recogidos cardados para realizar una perfecta armonía de *doo-wop* en cuatro partes. Era inevitable preguntarse en qué volumen de la serie «Golden Groups» del sello Relic aparecían, tal vez retratados en la carátula con una imagen de cuando eran más jóvenes, más delgados, con bigote fino sobre el labio superior y enfundados en un esmoquín. Para ellos, como para la mayoría de gente de la calle (nos gustaba creer que para nosotros también), Nueva York era el único hogar imaginable, el único lugar que no ponía ningún límite en cuanto a las apariencias o el comportamiento.

Cuando se produjo el gran apagón, la noche del 13 de julio de 1977, por un momento parecía que había llegado la hora del juicio final en la que todos esos *outsiders* tomarían el control. Naturalmente, no ocurrió nada por el estilo. Los renegados se hicieron con televisiones, tostadoras, trajes de tres piezas, asados de costillas, litros de Old Mr. Boston, cartones de Newport y quizá sofás esquineros, pero pocos habrían sabido qué hacer con las palancas de la sociedad ni aunque se las hubieran ofrecido en una caja forrada de terciopelo. Pero, por aquel entonces, mis amigos y yo tampoco lo habiéramos sabido. A pesar de las obvias diferencias entre los habitantes de dichos hoteles y nosotros, todos nos parecíamos en nuestra desconexión de cualquier idea de comunidad que no fuera la más provinciana. Al final, la muchedumbre se disolvió como un puño al abrir la mano y los bancos de las isletas en mitad del tráfico de Broadway se repoblaron con merodeadores que bajaban de vez en cuando de una rama de árbol una botella envuelta en hojas y atada a una cuerda.

Los saqueadores fueron estadounidenses ejemplares, gente que en plena crisis sintió el impulso inmediato de hacerse con bienes de consumo. No tenían ningún interés en el poder. Como tampoco lo tenía nadie a quien yo conociera. Solo queríamos que el poder desapareciera, y a veces parecía que ya lo había hecho. En aquellos días, la policía, si no estaba completamente ausente, se comportaba de forma benévola o, como mínimo, no mostraba interés alguno en personas como nosotros, ocupada como estaba en crímenes violentos. Casi todo el mundo podía contarte la historia de cuando iba paseando por la calle fumándose un porro y de repente se dio cuenta de que acababa de pasar tranquilamente junto a un policía uniformado, quien no podría haber pasado por alto el olor, pero que decidió en última instancia volver la vista hacia otro lado. La ilegalidad casual no resultaba en absoluto especial, era algo cotidiano, un asunto de consumo de droga y robo de servicios y bienes, faltas menores. Saltábamos de trabajillo en trabajillo, en parte porque nos preocupaban nuestras aficiones y en parte porque una cierta lasitud se había apoderado de nosotros, el estilo de la época.

La revolución había quedado aplazada indefinidamente porque nos sentíamos demasiado cómodos. Y eso que vivíamos en lugares de mala muerte de suelos inclinados, paredes pegadas con cinta adhesiva, marcos de ventanas enmasillados por última vez en 1912 y donde la calefacción dejaba de funcionar, a veces, durante una semana en lo más duro del invierno. Los caseros eran los malos principales de la película y la manifestación más visible de autoridad. Muy pocos todavía iban de puerta en puerta a cobrar el alquiler, pero a la mayoría se les podía localizar físicamente, sentados ante un teléfono en una mesa de segunda mano de metal en alguna decrepita oficina de dos salas, y eso incluía los que vivían en mansiones en Great Neck. El mercado inmobiliario era para los compradores y los propietarios debían trabajar duro por cada dólar; en consecuencia, se mostraban reacios a acometer mejoras superiores a los gastos legales que les supondría no hacerlas. Al mismo tiempo, también era posible dejar de pagar el alquiler durante un tiempo y no enfrentarte a un desalojo, porque el proceso de desalojo en sí mismo le costaría al casero mucha pasta, además de que le resultaría difícil encontrar a otra persona que quisiera alquilarlo, así que un inquilino que pagara el alquiler un mes sí y un mes no era mejor que nada. Pero nos sentíamos cómodos porque podíamos vivir con muy poco, satisfaciendo la mayoría de nuestras necesidades de forma ferozmente minimalista, para la que habíamos desarrollado una estética definitoria y paliativa. Fue cuestión de suerte, si no coincidencia, que el abrigo raído que podías comprarte por unos razonables tres dólares estuviera de moda en aquellos días.

Los recelos sobre la fibra moral y la calidad de vida de Nueva York, desenfrenados desde el siglo XIX, alcanzaron cotas insospechadas durante los setenta. ¿No había sido el presidente mismo quien había dejado a la ciudad caerse muerta? Si en aquella época contabas a una persona de cualquier otro punto del país que vivías en Nueva York, era muy probable que te mirara como si hubieses fanfarroneado de cenar ajenjo y bilis. Las representaciones de la ciudad en pantallas pequeñas o grandes, ficticias u ostensiblemente periodísticas, ofrecían una imagen borrosa de violencia, drogas y miseria. Una especie de apoteosis apareció en la película *1997: Rescate en Nueva York* (1981), de John Carpenter, en la que la ciudad se convierte en una prisión de máxima seguridad. Después de que hasta el último habitante decente abandone el lugar, las autoridades simplemente la cierran a cal y canto, permitiendo que la escoria se gobierne a sí misma, en la creencia de que pronto acabarán por aniquilarse los unos a los otros. Puede que la historia fuera una aventura de acción futurista pero, para la mayoría de estadounidenses, la premisa era de un naturalismo estricto, con la única excepción del encierro forzoso que se estableció en justicia. Más allá del asunto de la violencia real, las drogas y la miseria, estaba el hecho de que, en los setenta, Nueva York no formaba parte de Estados Unidos, en absoluto. Aquello era tierra de nadie, cerca de la costa, sin centros comerciales, poca presencia de las grandes cadenas, muy pocos cristianos renacidos que no hubieran llegado a la ciudad con el papel de misioneros, sin campos de golf, sin parcelaciones.

Naturalmente, en Downtown nos sentíamos muy orgullosos de ello. La veíamos como una ciudad libre, como uno de esos nidos de intrigas y libertinaje de antes de la guerra, donde los exiliados, los fugitivos y los refugiados encontraban cobijo en una maraña de yuxtaposiciones improbables. Nunca he sacado tiempo para cambiar la nacionalidad que se me asignó al nacer, pero me hubiera declarado ciudadano de Nueva York de haber existido tal estado apátrida, de bandera negra lisa. Pero lo que ocurrió en cambio es que Reagan salió elegido y el olor a almizcle de los beneficios volvió a impregnar el ambiente. Nos costó un tiempo darnos cuenta de que aquello nos afectaría de una forma muy íntima ya que entonces estábamos centrados en la guerra nuclear. Mientras dormitábamos, el dinero entraba a hurtadillas, haciéndose sentir lentamente, de formas extrañamente variadas y aparentemente a través de vías secundarias. La primera señal fue el novedoso fenómeno de los vendedores ambulantes. Antes de que la década de los ochenta echara a andar era imposible encontrarse con gente vendiendo libros viejos o cacharros variados sobre cajas aplanadas en la acera. Si de verdad querías vender algo, podías alquilar un escaparate por casi nada, suponiendo que no fueras demasiado exigente con la localización. Pero entonces,

rápidamente, Astor Place se convirtió en un enorme mercadillo, con vendedores que iban desde coleccionistas de cómics antiguos hasta optimistas que pretendían endosar a otros cualquier cosa que hubiesen rebañado en la basura la noche anterior. Las pertenencias de los difuntos que antes se dejaban en la calle para beneficio de todos ahora formaban parte del *stock* de quien tropezara con ellos. El espectáculo diario resultaba delirante, extraño, el catálogo de bienes era ilimitado y totalmente aleatorio. Tenías la sensación de que algún día encontrarías pruebas de la existencia de tu gemelo desaparecido, el diario secreto de tu abuelo, una fotografía de la primera chica cuyo recuerdo te mantenía despierto por la noche y todos los juguetes de tu infancia que habías querido y perdido.

Lo que aquello significaba, sin embargo, era que la gente que antes había sobrevivido por arte de magia y casualidades, ahora necesitaba dinero en efectivo, y ya. También significaba que ahora había clientes dispuestos a pagar billetes por objetos que antes estaban disponibles a cambio de nada para cualquiera que entendiera las calles. Parte de la razón por la que los *Luftmenschen* debían disponer de dinero era el vasto incremento en el tráfico de heroína provocado por una profunda caída de los precios. De repente, los que simplemente habían sido consumidores ocasionales se engancharon. A medida que esto ocurría, el barrio se llenaba, rápidamente. Visiblemente, cada día que pasaba las calles se congestionaban más que el día anterior y la tasa de vacantes cayó hasta casi cero. Los especuladores acaparaban incluso cascarones que se encontraban hechos polvo, edificios tan precarios que se necesitaría una fortuna para arreglarlos. ¿La caída del precio del caballo estaba relacionada con el aumento del precio inmobiliario? Los teóricos callejeros estaban seguros de que nos habían echado la cruz. Resultaba obvio, ¿no? Si te daba una sobredosis o te metían en la cárcel, tu apartamento quedaba vacío y sujeto legalmente a un aumento sustancial en el alquiler. Surgió una especie de folclore con historias de gente que pagaba alquiler por dormir en camillas de reconocimiento en consultas médicas, de caseros que asesinaban a sus inquilinos con renta fija o que simplemente les encerraban y despachaban su hipoteca. Fueran o no ciertas esas historias, todo el mundo pasaba cada vez más tiempo en el tribunal de vivienda, peleando con el cuarto o quinto casero en otros tantos meses, y todos ellos se encargaban de la propiedad como si allí no viviese nadie. El barrio soportaba artículos sobre estilo de vida en las publicaciones de moda, aparecieron numerosas galerías y se veían millonarios haciendo las rondas con jerséis viejos.

Cuanto más sentía que estaba perdiendo mi ciudad, más me preocupaba por ella. Gradualmente, empezó a interesarme su pasado, un interés que se convirtió en obsesión. Me impulsaba lo que parecían casualidades, cosas que veía en las cajas aplanadas de la

acera. En Astor Place compré por un dólar un ejemplar en proceso de desintegración de *The Great Metropolis* (1868) de Junius Henry Browne y, una semana después, el incomparable *McSorley's Wonderful Saloon*, de Joseph Mitchell, en una edición en rústica de los años cuarenta con una portada tan ridícula que casi me disuadió de comprarlo (nunca había oído hablar de él ni del libro). En un montón de miscelánea en Seventh Street, encontré una copia inmaculada del rarísimo *Bowery Life* de Chuck Connors y me lo llevé a casa por 50 centavos. En un aparcamiento de Canal Street, compré una imagen estereoscópica de la vía elevada de Second Avenue; una mesa a las puertas de una tienda de segunda mano en Thirtieth Street mostraba litografías sacadas de copias del siglo diecinueve del *Valentine's Manual*. Eran objetos misteriosos, pedazos de un complejo pasado del que apenas tenía ni idea. Ya por entonces me fascinaba el extraño proceso a través del cual la glamurosa ciudad de los años veinte se había convertido en la pocilga entrópica que era mi hogar. Y ahora descubría que mi pocilga tenía unas raíces mucho más profundas.

Un día, probablemente a principios de los ochenta, un equipo de rodaje se apropió de Eleventh Street, entre Avenue A y B, y, con arreglos mínimos, devolvió a la manzana el aspecto que tenía en 1910. Todo lo que hicieron fue quitar las planchas de contrachapado de los escaparates, pintar nombres con letras doradas en esos cristales y apilar unos cuantos productos detrás. Extendieron paja sobre los bordillos y colgaron tendedores a lo largo de la calle. Vistieron con ropa de época a algunos residentes que habían sido seleccionados y trajeron un desfile de coches de caballos. Rodaban algunas escenas de *Ragtime* (Milos Forman, 1981). Después de que la producción recogiera una semana después, la iglesia evangélica dominicana de Avenue A llevó a cabo una especie de ceremonia de exorcismo en mitad del cruce. No presté mucha atención a los tejemanejes, pero sí me sorprendió el poco esfuerzo que requería evocar un pasado aparentemente inimaginable. Al pasar por esa calle por la noche, con todo el decorado montado pero sin el equipo, me sentí como un fantasma. Los edificios de vecinos eran elementos del paisaje natural, como cuevas o salientes de roca, en los que todos nosotros, habitantes, caseros, traficantes, policías locales, turistas, revoloteábamos durante una temporada, como las palomas, las cucarachas y las ratas, apenas considerados como individuos en el incesante remolino de las generaciones.

Y ahora todo estaba vacío. Los edificios eran viejos e inestables, y los especuladores los compraban sin lugar a dudas por el valor de sus solares. Algún día del futuro próximo los arrasarían y construirían madrigueras más exclusivas, al menos, superficialmente. Probablemente el barrio entero sería reconfigurado, al igual que barrieron Washington Market y la parte más alejada del Lower East Side hasta tal punto que calles enteras habían

desaparecido. En una década, todos los que habíamos vivido allí en la última época de las casas de vecinos podríamos resultar tan distantes e insustanciales como las primeras personas que se mudaron allí cuando los edificios eran nuevos. Me dije que era inevitable. Recordé la advertencia de Baudelaire de que la ciudad cambia más rápido que el corazón humano. Pensé en mi abuelo diciendo que el progreso era un juego de suma cero en el que cada mejora arrastraba una pérdida equivalente y decidí que lo contrario también era cierto. Consideré que, al menos, nadie en el futuro tendría que enfrentarse a un potente viento que succionara todo un cristal suelto de la ventana, como me ocurrió una vez. Entonces, me imaginé las torres de apartamentos cayéndose en ruinas, centímetro a centímetro. Cargaba con un viejo resentimiento hacia los hijos del privilegio que se mudaban a apartamentos decorados elegantemente y estaban a punto de llamarse a sí mismos *nenyorkers*, incluso *lower east siders*, y que pasarían décadas sin haber estado ni un solo invierno sentados delante de un horno abierto, vestidos con un abrigo y un sombrero, ni haber tenido que trasladar ollas ni muebles en metro en plena noche, ni soportado que traficantes de crack les lanzaran botellas, ni volver a casa caminando bajo la lluvia desde Brooklyn a falta de dinero para el billete. Pero quería evitar que la amnesia se extendiera por razones más allá de las personales.

Ahora, más de una década después de que por fin terminara mi libro *Low Life*, la ciudad ha cambiado de formas que por aquel entonces jamás habría imaginado. Las casas de vecinos siguen prácticamente todas en pie, pero no podría permitirme vivir en ninguno de mis antiguos apartamentos, ni siquiera en los que encontré totalmente hechos polvo cuando estaba mucho más acostumbrado a lo raído. En Downtown, la prosperidad había colonizado incluso las zonas que parecían estar en unas condiciones siempre más allá de lo tolerable. En lugar de desaparecer, la historia local se ha conservado como un condimento, visible sobre todo en los nombres de los bares. La economía va mal pero el dinero no muestra señales de aflojar su agarre. Nueva York no es ni la *Wonder City* ni una ruina medio deshabitada, pero sí es una ciudad vulnerable, superpoblada, ansiosa, medio ingenua, demasiado humana y sacudida por un cataclismo que nadie podía haber previsto. Ya no vivo allí y me cuesta volver y pasear por las calles, demasiado embrujadas por los fantasmas de mi propia historia. No nací en Nueva York, y puede que no vuelva a vivir allí nunca más, pero solo pensar en ella me produce melancolía; me cambió para siempre y mi imaginación está esposada a la ciudad, llevo su marca del mismo modo en que tú llevas una cicatriz. Pase lo que pase, me guste o no, Nueva York está destinada a ser mi hogar para siempre.